

J. M. BRICEÑO GUERRERO

# MATICES DE MATISSES

**Vierdosdoc 98.**

Mi habitación de monja tiene una ventana que mira a la ciudad y, más allá, al mar. Digo habitación de monja porque estoy en un convento dominicano. Mi habitación, más bien celda, contiene un escaparate, una cama pequeña y una mesa pequeña. El convento está situado en una colina que desciende abruptamente hasta el fondo de un barranco, que exploraré, donde comienza a subir abruptamente la colina de enfrente, la colina de la ciudad. Entre la ciudad y yo, un descenso brusco y un ascenso empinado, ambos cubiertos de casas erizadas de chimeneas, rodeadas de jardines casi tropicales con sus palmeras y trinitarias, cactus y cambures, ropa recién lavada, puesta a secar en los balcones. Todas muy limpias las casas, como recién pintadas, con tejados intactos y terrazas floridas.

Todavía no sé cómo describir la luz de la tarde en el altísimo cielo. Sé que le gustó a grandes pintores. Estoy al lado de la capilla que decoró Matisse, o quizá ideó en su totalidad, y junto a la galería de los esbozos suyos en carboncillo.

La hermana Myriam me espera para comer.

Cuatro monjas me sirvieron la cena. A mí sólito. Qué privilegio. Me sentí obispo. Loca si boba obispo.

Hay una manera -tal vez varias- de ir a la ciudad antigua desde la capilla de Matisse sin bajar al abismo. Hay un puente. Caminé por una sinuosa calle de partes muy oscuras y partes muy iluminadas, hasta encontrarlo. Dejé en la residencia a mis cuatro acompañantes. Iba solo. Ya llegando al puente, vi a mi izquierda un letrero «Oasis»; miré y no vi nada, casi me caí al no encontrar apoyo visual; bajé la vista y vi el techo de un edificio de cinco pisos; las bajadas son bruscas; pero yo seguí para atravesar el puente. En el medio miré hacia abajo y sentí vértigo: el lejano fondo se perdía en la sombra que la pálida luz de la luna en cuarto creciente no penetraba; la baranda, muy baja, apta para suicidios y resbalones mortales. Llegué por fin a la ciudad nueva que rodea a la antigua. No quise explorar mucho y me devolví por el mismo camino; más bien mañana, como dicen los perezosos, o los prudentes. La hora de la mañana tiene oro en la boca.

**Sabtresdoc.**

En la mañana salí solo. Dejé otra vez en el convento, con las monjas, a mis cuatro acompañantes. En plena luz del día y con sol brillante, bajé al abismo por un camino, serpenteante tobogán, entre quintas -aquí las llaman villas- construidas sobre terrazas. Internamente, todas tienen varios niveles, terrazas internas, y entre casa y casa, jardines en terraza. La distribución de las terrazas es laberíntica. El camino tobogán es estrecho, pero suficientemente ancho para dejar subir autos a gran velocidad; a menudo tenía yo que saltar hacia una terraza. El ascenso es escarpado, más que el descenso, y tortuoso. Pronto me encontré ante las almenas de la ciudad vieja, toda de piedra, y entré por un portal ambiguo -parecía más bien la entrada de una casa- y deambulé por el dédalo de callejuelas medievales. Me gustaron las ciegas, de doble, triple y hasta cuádruple ceguera, las que se dividen y terminan ante puertas cerradas. Recuperarían la vista si yo conociera a alguien que me abriera desde adentro. En las videntes hay talleres de artistas, tiendas de alfarería, ventas de artículos de hierro, fruterías, abastos, bares, restaurantes, cafetines... Llegué a la catedral, a la oficina de correos, a la alcaldía, todas frente a la misma plaza; visité la catedral que tiene otra plaza por detrás y una torre cuadrada, campanario con las campanas de más dulce sonido que yo haya oído jamás. Endulzan las horas y las medias horas al tocarlas. Siempre en otras ciudades me han molestado las campanas de las iglesias; aquí me placen.

No me explico por qué el cielo es tan alto ni por qué la luz, en ese espacio inmenso, juega juegos tan pequeños. No me explico tampoco cómo Matisse logró que le permitieran hacer esa capilla tan distinta de todas las capillas, tan violadora de todas las convenciones milenarias, tan penetrable a la luz del cielo, con dibujos tan simples y a la vez tan multisugerentes -dan pie hasta para asociaciones pornográficas. Era ya viejo y estaba enfermo cuando vino a este pueblo. Siendo ateo, convenció a las monjas de que creía en Dios;iqué sinvergüenza! Aunque tal vez no las engañó, sí creía en Dios, pero no dijo que para él, Dios era Matisse. Lo acompañó y ayudó una bella muchacha admiradora suya y quizás le calentó su lujuria de anciano; pero ella lo abandonó disminuyendo en su jardín una linda flor. Después de varios años la encontró convertida en monja dominicana. Yo no me explico cómo el perico, teniendo un hueco debajo del pico, pueda comer. No puede ser.

Le dije a Soeur Myriam que en Venezuela llamamos a las monjas hermanas de la caridad o hermanitas o sor Fulana; pero que en España había oído llamarlas madres; y le pregunté cómo debía yo llamarla a ella. Me dijo de inmediato «Hermana, basta» como huyendo del otro apelativo ¿será porque el incesto adélfico es menos grave que el edípico?

Sólo a Matisse reconoció Picasso como rival digno, y le temió. Con razón. Picasso procedía por instinto, por movimientos corporales, por agudeza de la vista. Su genio era carnal, sensual, sanguíneo. Matisse se le escapaba porque Matisse era intelectual, cerebral, abstracto. Ni el ojo, ni la mano, ni la tela, ni el pincel le enseñaron nada. Aprendió a pintar leyendo notas de Leonardo y pensando.

Muchos creen que los pintores no piensan. Error. Serán algunos.